

LA DÉCADA DE LOS SESENTA EN CHILE: LA UTOPIA COMO PROYECTO

Isabel Torres Dujisin

Universidad de Chile, Chile. E-mail: isabeltorres.d@gmail.com

Recibido: 20 Abril 2009 / Revisado: 18 Mayo 2009 / Aceptado: 25 Mayo 2009 / Publicación Online: 15 Junio 2009

Resumen: La década de los sesenta marcó decisivamente las posteriores décadas, por tal razón se hace necesario reflexionar sobre la historia del tiempo presente y pensar en la historia de un pasado que no está muerto, un pasado que aún es llevado por la palabra y las experiencias de individuos vivos, y que están singularmente impregnados de aquel pasado. La ilusión de los sesenta, que se avanzaba hacia la tierra prometida, obnubiló la visión, minimizando el accionar de una derecha aterrorizada que apoyada por EEUU, estuvieron dispuestos sin problemas a apartarse del sistema democrático. En la izquierda primaron tanto los nobles deseos de una sociedad más justa, como un voluntarismo radical, dejando atrás una tradición de avances reformistas. La democracia por imperfecta que pudiera ser era, sin lugar a dudas, sustantivamente mejor que lo ocurrido durante los largos años de la dictadura autoritaria.

Palabras Clave: década de los sesenta, utopía, realismo político, revolución, Chile.

1. LA DECADA DE LOS SESENTA: LA UTOPIA COMO PROYECTO POLITICO

“Es cierto que los hombres se movilizan por utopías, pero es igualmente cierto que mueren aplastados por las utopías si pretenden realizarlas. Recogiendo la consigna de mayo del 68 diría: para hacer lo posible, ¡hay que concebir lo imposible! Hay que conservar y desarrollar las utopías del “buen orden”, porque solamente en relación a esta imagen de sociedad perfecta, pero imposible, podemos descubrir la sociedad posible”

Norbet Lechner¹

El quiebre del sistema democrático en 1973 representa, desde la perspectiva de la trayectoria

política chilena, un momento determinante. Para poder entender aquel hecho, se hace necesario en primer lugar, dilucidar en qué circunstancia se producen cambios y acontecimientos nodales que nos permitan ir encadenando hechos ligados a la ruptura y crisis política, que representa el Golpe de Estado de 1973.

Distintos autores han abordado el tema poniendo diversos énfasis; se señala que el Golpe de Estado habría sido resultado de una conjunción de elementos, entre los cuales se menciona la ruptura total de los consensos básicos en el campo político, económico y social y la consiguiente pérdida de legitimidad y, en consecuencia, de autoridad de las instituciones y poderes del Estado, incluidos los instrumentos democráticos de solución de conflictos²; o bien, como se ha señalado, que la crisis del 73 puede ser considerada coyuntural, pese a su intensidad expresada en el desarrollo de condiciones de guerra y del consiguiente clima ideológico pasional e “irracional”, y que desde 1964 se venían produciendo algunos desequilibrios debido a la disminución de las tendencias coalicionales y por ello la capacidad de negociación³. Otra interpretación señala que el quiebre de la democracia se debe entender como el fracaso de estructurar un centro político viable en una sociedad altamente polarizada con fuertes tendencias centrifugas⁴. Está también la que destaca factores económicos y políticos; el aumento del nivel de la demanda social; la inflación que no se lograba controlar, produciendo insatisfacción política, sumado a una imposibilidad de completar el proceso de reformas —políticas en su mayoría— en parte por la difícil relación entre poder ejecutivo y poder legislativo⁵. Finalmente, aquellas miradas casuísticas sobre el “incendiario” discurso del secretario general del PS, quien al reconocer la existencia de contactos con marinos y

suboficiales rebeldes de la Armada, habría alentando la sublevación militar y, de este modo, cruzado el último umbral hacia el barranco⁶. Posiblemente, la mayoría de estas interpretaciones tienen algo de verdad; sin embargo, aún falta seguir pensando en el por qué se produce un Golpe de Estado con tal grado de violencia. Con anterioridad hubo acciones de esta naturaleza; incluso a fines del siglo XIX el país vivió una guerra civil. Los militares habían intervenido en la vida política desde la segunda década del siglo XX, en tanto órgano represor como en un rol activista, pero la asonada del año 73 fue diferente.

En 2003, cuando se cumplieron 30 años de la tragedia, en una columna de opinión, Sergio Muñoz se preguntaba: “¿de qué vientre nació una criatura como el tirano que se instaló en el poder en 1973?”, y él mismo respondía, “del vientre de una sociedad polarizada hasta la exasperación, llena de miedos y de rabia, angustiada frente al futuro, en la que los sectarismos habían llegado muy lejos, y donde la ceguera política pavimentó el camino a quienes esperaban ansiosamente la hora de sacar los cuchillos. ¿Por qué no pudimos salvar en 1973 el marco de la civilización que era la democracia? Pues, porque en los años previos hubo “prioridades superiores” a ella: hacer la revolución, para unos, e impedirla para otros. ¡Cualquier transacción hubiese sido preferible en 1973! No haberlo entendido así es la más grave responsabilidad de los líderes de entonces”⁷.

Pareciera ser necesario volver a revisar, a reformular y establecer nuevas relaciones que permitan sacar algunas “lecciones de la historia”, suponiendo que se puede aprender de la historia. Y si aquello es posible, ¿qué y cómo se puede aprender? Un primer requisito para poder aprender de la historia es enfrentar —y no silenciar ni reprimir— las preguntas y problemas no resueltos, abrirse a la crítica; porque tal y como lo señala Habermas, “cuando nos ponemos a aprender de tales desengaños, con lo que nos topamos siempre es con un trasfondo de expectativas defraudadas. Y tal trasfondo se compone siempre de tradiciones, de formas de vida y de prácticas que compartimos como miembros de una nación, de un Estado o de una cultura, de tradiciones a las que los problemas no resueltos han privado de su obvedad y han puesto en cuestión”⁸. Por el impacto y repercusión que significó el golpe militar, la historia de Chile, durante el siglo XX,

se divide entre el antes y el después del régimen autoritario encabezado por Pinochet, con el alto costo humano político, social y cultural que dicha larga noche significó. Por tal razón se hace ineludible seguir profundizando respecto de los elementos que permitan entender en sus múltiples dimensiones, aquella etapa histórica.

2. RELEER LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA PARA INTERPRETAR LOS SESENTA

Un primer posible acercamiento es a la década de los sesenta, época que estuvo marcada por la fuerte ideologización política, donde todo era explicado y leído a partir de lógicas de avances y retrocesos de los procesos sociales que avanzaban inexorablemente hacia “la revolución”. Se pensó que era el momento de realizar los cambios radicales que la sociedad requería, es decir, una sociedad más justa y más igualitaria; y de acuerdo al imaginario colectivo reinante de la época, esto se alcanzaba a través de la revolución. Todo se pensó a partir de la ideologización de la política y la revolución era el norte. No bastaba con reformas, había que hacer la revolución, era el camino hacia la tierra prometida llamada socialismo.

Sin embargo, en la búsqueda de las razones profundas, un primer análisis nos puede llevar un poco más atrás de ese imaginario y preguntarse por las condiciones previas que hacen que el discurso de los sesenta, tenga eco en la sociedad. A modo de propuesta, se plantea que ese momento puede ubicarse durante la segunda mitad de los cincuenta, los últimos años del segundo gobierno de Carlos Ibáñez, cuando diferentes hechos cambian en muchos sentidos, la perspectiva de ese presente y el sentido del futuro.

El gobierno de Ibáñez (1952-1958) representó una etapa de transición entre dos modos y dos concepciones diferentes del quehacer político; la época de los cuarenta y la de los sesenta. La primera se caracterizó por el rol político que representó el centro laico —el radical—, que facilitó las políticas coalicionales junto a la bipartición al interior de las agrupaciones político partidistas, lo que flexibilizó el sistema partidario. El segundo ciclo se caracterizó por la imposibilidad de alcanzar alianzas amplias, y por la inclinación a establecer proyectos autosuficientes y excluyentes. En la intersección de ambas etapas, se ubica el gobierno de Ibáñez.

A mediados de los cincuenta, se vislumbran cambios en la sociedad que van a estar caracterizados por el deseo y posterior convicción de la necesidad de avanzar hacia cambios más sustantivos. Imperceptiblemente en un comienzo, y luego de manera más palpable, se fue instalando tanto dentro de los partidos políticos de izquierda, como en las organizaciones sindicales y estudiantiles, una radicalización política, que se expresó en la convicción de que la única posibilidad para salir de la condición de pobreza, marginación y subdesarrollo en que vivían los sectores populares, era la de impulsar cambios profundos y radicales. Para este sector, aquello suponía que se debía establecer alianzas exclusivamente entre los partidos de izquierda, dado que consideraban que sólo ellos eran capaces de llevar adelante un proyecto de tal naturaleza.

Por otra parte, la derecha que se expresaba a través de los grupos económicos y del parlamento y más débilmente a través de sus partidos, una y otra vez mostraba su incapacidad para levantar un programa con proyecciones de futuro, encontrándose capturada esencialmente por sus intereses privados. Comenzaban a hablar de una “crisis orgánica”, entendiéndose por esto, un desequilibrio que iba desde lo político, a lo económico, lo social y lo moral. A pesar de tener ese diagnóstico, no fueron capaces de construir una propuesta que diera respuesta a su propio análisis.

Entre los partidos de centro, se ubicaba el Radical, que se hallaba muy debilitado y desacreditado políticamente, habiendo perdido su rol de articulador de alianzas amplias y, por otra parte, enfrentaba los conflictos internos entre las diversas fracciones y tendencias que existían. Estaba también el naciente partido centro católico, con característica inédita e iniciando el despliegue de su poder.

El año 1953, después de un largo periodo de conflictos y debilidades, se logra organizar la Central Única de Trabajadores (CUT), los que permitió en el mediano plazo tener una organización capaz de defender los intereses de la clase obrera. Al año siguiente de su creación, y a raíz de las continuas alzas de precios y una muy alta inflación anual, el gobierno debió enfrentar una serie de movimientos huelguísticos, dirigidos por la naciente organización sindical, quedando demostrado en los exitosos paros generales de 1954 y 1955.

Frente a la crisis, el gobierno contrató a un equipo de expertos norteamericano que (la Misión Klein-Saks) para hacer un diagnóstico y una propuesta de cómo resolver la crisis económica. El diagnóstico que hizo la Misión señaló que la crisis se debía al excesivo nivel de demandas, al alto nivel del gasto público y las restricciones estatales al funcionamiento de libre mercado. Propusieron implementar una serie de medidas económicas propias del pensamiento liberal, que recién en esos años comenzaba a instalarse, y por lo mismo eran particularmente ortodoxos. Sin embargo, dichas medidas no pudieron implementarse en su totalidad, porque la presión social lo impidió, de tal modo que la búsqueda de una solución para resolver la crisis económica, y detener significativamente la inflación, no tuvo los resultados esperados ni a corto ni a mediano plazo ya que produjo una por una parte, el deterioro de las condiciones económicas de las clases medias y populares, y a la vez el aumento de la presión social y de las demandas, ganado terreno las conductas más confrontacionales..

Las propuestas que la Misión entregó, representan el primer intento de llevar adelante un programa de orientación monetarista como estrategia para detener la inflación, junto a políticas de liberalización de los precios y del comercio exterior. El segundo intento se llevó a cabo bajo el régimen de Pinochet, pudiéndose ejecutar precisamente por las restricciones democráticas que el país vivía, impidiendo por lo tanto cualquier respuesta social.

La crisis económica por las diversas razones señaladas, tendió a afianzar y dar un cierto optimismo en los partidos de izquierda. De este modo en marzo de 1956, y como resultado de este fortalecimiento, se logra formar una alianza de partidos de izquierda, llamado Frente de Acción Popular (FRAP) organismo que selló la unidad entre socialistas y comunistas, nombrándose como su presidente a Salvador Allende. La formación del FRAP fue una manifestación inequívoca respecto de la importancia que tenía para la izquierda lograr la unidad y el superar las constantes divergencias entre comunistas y socialistas⁹ y de la convicción ideológica y pragmática que ese era el camino. Esta instancia política es la antecesora directa de la Unidad Popular, coalición que llevó a Salvador Allende como candidato en 1970 y logró su elección como Presidente de la República.

No obstante la importancia que representó esta coalición para el fortalecimiento de la izquierda, aquello no zanjó la cohabitación de dos visiones diferentes. Por un lado, la política de alianza limitada de un Partido Único Revolucionario de los Trabajadores, propiciado por el Partido Socialista, y la posición de los comunistas, que sostenían la necesidad de formar un frente amplio, es decir una coalición que agrupara a sectores más allá de la izquierda¹⁰. Este sector concebían la constitución de una fuerza “por los cambios de contenido democrático antiimperialista”, asociada a un proyecto de cambios revolucionarios pero al interior del sistema democrático legal¹¹. Después de largas negociaciones, donde en definitiva se estaba determinando la política de alianzas para enfrentar las elecciones presidenciales de 1958, se impuso la tesis de la coalición de partidos obreros propiciada por el PSCH, y conservando una ambivalencia, ya que en su definición programática, se acogió la moción democrática y antiimperialista del Partido Comunista.

El Partido Comunista Chileno, que adhería plenamente la línea del Partido Comunista de la Unión Soviética, en una declaración de la Comisión Política de diciembre de 1956, señalaba que “en el curso de este año, como resultado de la experiencia chilena y de las nuevas tesis marxistas y cambios emanados del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, se ha logrado un importante avance en el camino del entendimiento entre los partidos socialista y comunista, así como entre estos partidos y los demás integrantes del FRAP”¹².

Sin embargo será particularmente durante el año 1957, cuando van a ocurrir una serie de hechos, los que marcarán el quehacer político y posterior curso de los acontecimientos, que se irán desplegando y enraizando hasta el quiebre del sistema democrático. Son hechos que van a operar como “punto de partida” o “punto de referencia” de los cambios y rupturas características del clima político de los sesenta, cuando la actividad política se encontraba atravesada por la pasión y la ilusión del cambio radical.

Acontecimientos de diferente naturaleza van a producir un giro en distintas realidades que van a ser muy gravitantes en la década de los sesenta. Un primer elemento fueron las elecciones parlamentarias de 1957, que por estar a un año de las elecciones presidenciales fueron

vistas como un test de medición de las fuerzas políticas¹³. En un contexto eleccionario, la cuestión del alza del costo de la vida adquirió particular relevancia, gestándose un clima de inquietud política y agitación social, en la cual la deteriorada situación económica actuó como caldo de cultivo, acrecentando las movilizaciones y fortaleciendo la alianza del movimiento de estudiantes con las organizaciones sindicales.

Las soluciones que el gobierno proponía, no apaciguaban los ánimos, sino que agudizaban el clima confrontacional más aun cuando se limitaban a culpar a los comunistas de las movilizaciones sin asumir los efectos de la crisis económica. Sintomáticamente, el diario *El Mercurio* comenzó a advertir que “esta en marcha un plan subversivo comunista y de agitación nacional”¹⁴.

En ese contexto ocurren los llamados “sucesos del 2 y 3 de abril”. Estos suceden cuando a fines de marzo de 1957, se pone en vigencia del aumento del valor del pasaje del transporte público implantándose una nueva alza, lo que vino a agitar más aun el clima político. Como respuesta al alza del transporte y en general de costo de la vida, se formó el “Comando Contra las Alzas”, integrado por la CUT, las federaciones de estudiantes de las universidades Católica y de Chile, el Frente de Acción Popular, el Partido Radical, la Falange Nacional y la Federación de Estudiantes Secundarios. Se realizaron numerosas movilizaciones y la más masiva fue violentamente reprimida, quedando numerosos heridos y un muerto. La manifestación culminó con la ocupación de la ciudad por los marinos. Sin embargo la represión no impidió que las protestas continuaran, más aun, los ánimos se fueron enardeciendo.

El 1 de abril el movimiento se extendió a Concepción y Santiago, alcanzando en la capital su mayor magnitud y violencia. La lucha contra las alzas en Santiago la iniciaron los estudiantes universitarios y secundarios. Salieron a la calle el 1 de abril y al caer la noche la represión se agudizó, produciéndose la primera víctima, una joven universitaria. Al día siguiente la noticia del asesinato aumentó la indignación y la ciudad se vio estremecida por uno de los movimientos populares más importantes que se tenga recuerdo en dicho periodo.

Si bien es cierto, el comité contra las alzas que había llamado a protestar estaba integrado en su mayoría por miembros de los partidos de izquierda, la movilización del 2 de abril fue una rebeldía sin una manifiesta dirección política. Los estudiantes participaron bajo la conducción de sus federaciones, en cuyas direcciones había comunistas, socialistas, radicales y falangistas, pero tanto ellos como la CUT y el FRAP fueron sobrepasados por los acontecimientos.

Esto queda de manifiesto en el informe al XXIV Pleno del Comité Central del Partido Comunista, de mayo de 1957, Luis Corvalán —que posteriormente asumiría como su secretario general— cuando realiza una dura autocrítica respecto de la falta de iniciativa que había tenido el partido en los sucesos de abril, señalando que “nos faltó mejor orientación y más audacia. La desvinculación de las masas es lo que, esencialmente, explica estas fallas”¹⁵, posición que será permanente en la línea de los comunistas durante las décadas siguientes.

A partir de dicha experiencia, la discusión interna dentro del PC, respecto del tema de las “vías” pasó ser crucial, imponiéndose la “vía pacífica”, con la consiguiente expulsión de un importante número de jóvenes comunistas que respaldaban la “vía insurreccional”. Se confirmó la línea que privilegiaba la política de masas en oposición al “aventurismo ultra izquierdista pequeño burgués”. Por otro lado, la llamada “comisión de control y cuadros” instancia que vigilaba el comportamiento y conformidad a la línea oficial, tendrá un rol importante para impedir nuevas “desviaciones ultra izquierdistas”. De ahí se explica la poca empatía e influencia que tuvo la revolución cubana y las vanguardias revolucionarias en los inicios de la década de los sesenta en dicho partido.

Así mismo, los sucesos del 2 y 3 de abril de 1957, también contribuyeron a lograr la unidad del Partido Socialista. Después de casi diez años de división, se logró la reunificación de los dos sectores: el Socialista Popular, dirigido por Raúl Ampuero, y el Socialista de Chile, encabezado por Salvador Allende. Se ha señalado que dicha movilización, fue un factor decisivo para la unificación del partido socialista, como así lo señalaba el dirigente socialista Clodomiro Almeyda, quien sostenía que los sucesos de abril habrían favorecido la unificación del PS.¹⁶

Por su parte, Salvador Allende, líder de una de las corrientes dentro del PS, sostenía que el socialismo en Chile se debía definir como una revolución democrática y popular, donde se le debía reconocer a la clase trabajadora su papel de dirección y orientación. Las tareas inmediatas debía ser el profundizar la democracia, lograr una mayor independencia nacional y alcanzar el máximo de bienestar social. Sin embargo, su punto de vista dentro de su partido, no era el mayoritario.

En suma, el Partido Socialista unificado ratificó su línea del “socialismo revolucionario”, y la idea del “Frente de Trabajadores”. Se confirmó el rechazo a la colaboración con los partidos de centro y mantuvo la actitud crítica pero de colaboración con el Partido Comunista y su política de alianzas sólo entre la izquierda.

Ambos partidos, socialista y comunista, tenían conciencia de las diferencias en las líneas políticas, no obstante, privilegiaron el consolidar la alianza a partir de lo que los unía, dejando de lado las diferencias. Posteriormente, durante el gobierno de la Unidad Popular estas volverán a hacerse explícitas.

Ese año se funda el Partido Demócrata Cristiano, el cual se propone ser una alternativa al capitalismo y al socialismo, para lo cual optaron en la búsqueda del poder, por la estrategia del “camino propio” para solucionar lo que ellos definían como una “crisis integral” de Chile. Este partido va a competir con los partidos de derecha, por el electorado católico, quienes habían mantenido una relación casi simbiótica con la Iglesia. La presencia de este nuevo referente dentro del mundo católico va a tener una enorme importancia dentro de las prácticas sociales del organismo clerical, fundamentalmente durante la década del sesenta.

Y como si ese año no hubiese sido lo suficientemente convulsionado, a fines de octubre se agregó la primera ocupación de terrenos que dio origen a la toma de la emblemática población “La Victoria”, realizada por un grupo de pobladores provenientes de un asentamiento levantado aproximadamente en 1947. En esa época, los partidos de izquierda no habían construido una política hacia el mundo poblacional, por lo que efectivamente no fueron los organizadores, sin embargo rápidamente respaldaron la acción.

Posteriormente, las tomas de terreno fueron propagándose, lo cual resulta comprensible si se atiende al nuevo escenario político en los sesenta, en que se advierte una mayor capacidad y decisión de movilización.

De este modo, la secuencia de hechos que ocurrieron a fines de los cincuenta, influyeron en muchos sentidos el accionar político en la década siguiente.

3. LA REVOLUCIÓN COMO VOLUNTAD

La izquierda sentía que tenía la capacidad y se planteó la posibilidad de llevar adelante un proyecto revolucionario, para el cual se impuso la visión que no era necesario la formación de alianzas fuera de su sector, más aun negándose o subvalorando la construcción de coaliciones más amplias. No obstante existían diferencias de visiones de futuro, lo que se hizo evidente durante el gobierno de la Unidad Popular, y una muestra se ve a través del lenguaje utilizado y, en particular, con las consignas que enarbolaba cada sector, que iban desde el “avanzar sin trazar” a “el pueblo unido jamás será vencido”. Entre ambas había diferencias no sólo discursivas, sino que fundamentalmente eran distintas propuestas de acción, pero que enfrentados a lo que se veía como un proyecto histórico, habían decidido dejarlo de lado.

La emergencia de un partido de centro católico, no aliancista, con un fuerte sentido mesiánico, como lo era la Democracia Cristiana, produjo cambios importantes al interior del mundo católico y por supuesto dentro del sistema de partidos en general, constituyendo un nuevo factor problemático. Se ha hablado reiteradamente del efecto centrifugador que este partido originó, al impulsar tanto a la izquierda como a la derecha a los extremos, justamente porque este nuevo centro no-aliancista le disputaba el electorado a ambos sectores¹⁷.

Este efecto centrifugador se hizo evidente cuando llegó la Democracia Cristiana al poder en 1964 con el gobierno de Eduardo Frei, llevó adelante un programa de reformas anti oligárquicas que ningún otro gobierno había estado dispuesto a realizar, sin embargo se produjo lo paradójico, que aquellos progresos tensionaron y polarizaron el campo político: la derecha vio afectados sus intereses económicos y la izquierda sintió que le competían en su proyecto anti oligárquico.

Retrocediendo este nuevo escenario de fines de los cincuenta, caracterizado por una atmósfera de cambios radicales y por la declinación del poder electoral de los partidos de derecha, este sector logra el triunfo en las elecciones presidenciales del año 1958. Su éxito electoral, no fue el resultado del crecimiento electoral, sino que por la dispersión electoral con cuatro candidaturas. Durante los 6 años de gobierno de derecha, su presidente Jorge Alessandri, intentó a contra corriente de la radicalización política que se va instalando ideológicamente en el contexto nacional e internacional, llevar adelante un proyecto de liberalismo económico apoyado en los tecnócratas, mas que en los partidos políticos, proyecto que fracasó al corto tiempo demostrando la inviabilidad de dicha propuesta. De esta modo, este sector no logró ni consolidarse, ni levantar una propuesta alternativa, quedándose atrapado únicamente con el discurso anticomunista. Esta debilidad produjo dentro del sector, un distanciamiento del discurso democrático, que estaba directamente relacionada con el fracaso de su proyecto de modernización empresarial. Al término del gobierno, este sector estaba debilitado y los planteamientos del mundo empresarial, desprestigiados, allanando aun mas, el camino para propuestas de tipo reformistas o revolucionarias.

Como se ha señalado, el horizonte en la región se caracterizaba por una creciente movilización popular, lo cual era leído por la izquierda, como un estado prerrevolucionario, siendo la revolución un eje articulador de la sociedad. En Chile, esta percepción fue arraigándose en la sociedad en su conjunto, permeado otros sectores, por ejemplo, el discurso que asume el partido de centro, la Democracia Cristiana, que se proponía llevar adelante una “revolución en libertad”, marcando la diferencia con la izquierda, la cual proyectaba la revolución socialista.

Los sectores de derecha, tampoco estuvieron ajenos a este imaginario, pero en un sentido distinto, ya que hizo aparecer el fantasma y el miedo a la revolución y el comunismo, como algo posible, más aun cuando los distintos proyectos societales dominantes, apuntaban justamente a terminar con los privilegios de las oligarquías.

En definitiva, el escenario político se definía a partir de lógicas y proyectos excluyentes, el triunfo de unos sobre otros, del todo o nada,

patria o muerte, y aquello actuaba como estímulo para unos y atemorizaba y encolerizaba a otros. Las provocaciones y alardes desde los distintos sectores, avivó un lenguaje confrontacional, cargado de ofensas y amenazas. Las palabras democracia, cooperación, alianza, se encuentran muy distantes del léxico en uso, por el contrario, de lo que se trataba era de no trazar, no claudicar, no renunciar. Cabe preguntarse por el grado de correspondencia entre la situación objetiva y las experiencias y percepciones subjetivas que se expresaba en los conceptos usados para describir la realidad. Había en el lenguaje político, una cierta disociación con la práctica política, porque ¿se estaba realmente en un estado prerrevolucionario?

Las preguntas que surgen sobre la naturaleza y viabilidad de los proyectos revolucionarios son variadas. Por ejemplo, ¿Porqué la izquierda dejó de lado su propuesta reformista y decide “quebrarle el espinazo al capitalismo”, distanciándose de una larga trayectoria de lucha por los derechos de los sectores populares, por leyes sociales justas y por poner freno a las desigualdades de una sociedad marcada por el poder oligárquico, para luchar por el socialismo?, ¿Porqué la lucha por la democratización de la sociedad dejó de hacer referencia explícita a la justicia social y pasó a ser una expresión ideológica?, ¿Porqué la derecha renunció de su conducta retaguardista en lo político e individualista en lo económico, para transitar sin reparos al “fin que justifica los medios”?

Efectivamente en los agitados y revolucionados años sesenta, la derecha se hallaba muy debilitada- terminado su gobierno en 1964, no tuvieron posibilidad, en las elecciones presidenciales de levantar candidato propio viéndose compelidas a entregar su apoyo incondicional al partido de centro – como opción de mal menor. Probablemente la frustración y pocas las posibilidades de ser opción política, actuaron como estímulo para la formación de los primeros grupos integristas católicos, grupos gremialistas y nacionalistas, que objetan el sistema democrático como instancia de representación. Por su parte el Partido Demócrata Cristiano – temiendo fuga electoral por ese “presente griego”, declaró que “ni un millón de votos harán cambiar una coma el programa” en alusión al voto de derecha y que fue lo que le permitió triunfar holgadamente y

llegar a la Presidencia de la República como partido único.

El triunfo de la Democracia Cristiana en 1964, fue entendimiento por la derecha y la izquierda como una derrota. Para la derecha, el apoyo dado no tuvo ninguna utilidad y para la izquierda, que tenía grandes expectativas de triunfo, desencadenó un profundo cuestionamiento respecto de la vía electoral, adquiriendo mayor fuerza los sectores que estaban por salidas más radicales y rupturistas. Se consolida la estrategia que propicia la alianza sólo de la izquierda, desechando cualquiera propuesta de cambio que no proviniera de su propio sector. Toda propuesta que no proviniera de la izquierda era vista con desconfianza, por lo mismo, el gobierno de la Democracia Cristiana era percibido como un gobierno “reformista burgués” y el Partido Comunista lo reprobaba porque “el objetivo que persigue la Democracia Cristiana es salvar al capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo. Lo singular es que trata de lograrlo, no a la vieja usanza de la reacción, sino que con métodos y lenguaje moderno, dándole especial importancia al trabajo con las masas, remozando en parte la arcaica estructura el país y mejorando en cierto grado la situación de algunos sectores del pueblo”¹⁸. O, las declaraciones del Partido Socialista, donde aclaraban que “el señor Frei ha dicho, después de su elección, que no tiene nada que quitar ni poner a sus declaraciones de la campaña. Nosotros tampoco. Dijimos que era la otra cara de la derecha y su gobierno no será ni más ni menos que eso. Un gobierno de derecha. Podrá utilizar, como la ha hecho hasta ahora, medidas mas efectistas que eficaces para dar fe de su sensibilidad social”¹⁹. En 1965, al calor de cuestionamiento sobre la “vía electoral” que un importante sector de la llamada “izquierda tradicional” había sostenido y los había llevado a la derrota, surge el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), levantando propuestas y tomando las consignas de la revolución cubana triunfante, “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución” o “patria o muerte” y que tenía también algunas influencias del trotskismo, como lo de “revolución permanente”, que liquide el aparato estatal y represivo burgués y lo reemplazara por una democracia directa proletaria basada en milicias armadas de obreros y campesinos”²⁰, discurso que corre el cerco mas aun hacia la izquierda. No obstante, mas allá de la crítica de la izquierda, es oportuno señalar que el gobierno de la Democracia Cristiana, con su propuesta de “revolución el

libertad”, fue un gobierno reformista, que implementó por primera vez, de manera efectiva la reforma agraria, que integró a los beneficios del Estado a sectores que habían permanecido marginales a través de la promoción popular; e incorporó a un importante grupo de tecnócratas desarrollistas, que elaboraron transformaciones en beneficio de las grandes mayorías nacionales. Prácticamente no contó con el respaldo de la izquierda y tuvo a la vez una fuerte resistencia de la derecha.

Por su parte la derecha, que enfrentaba una crisis de representación política y de debilidad programática, fue incapaz de contrarrestar dicha subjetividad revolucionaria predominante, era una época en que ser de derecha no tenía valoración. La izquierda leyó e interpretó esta debilidad, como una crisis terminal de la derecha y por añadidura, del capitalismo.

En la atmósfera reinante de avance revolucionario, EEUU como una forma de detener y contrarrestar los efectos de la revolución cubana, introdujo un programa de corte reformista; la Alianza para el Progreso. Dicho programa estaba destinado a descomprimir la presión social, una solución gatopardista, o sea, impulsar reformas para evitar revoluciones. Sin embargo lo que realmente produjo fue una mayor presión para lograr reformas y cambios profundos, sin conseguir, por otra parte neutralizar el fuerte sentimiento anti imperialista muy extendido. Inicialmente el gobierno demócrata cristiano, representaba la mejor expresión de lo que aspiraba EEUU para Latinoamérica, una razón más para que la izquierda viera con desconfianza dicho gobierno, sin embargo, aquella relación no tuvo los resultados esperados y EEUU fue abandonando dicha política.

La aspiración por llevar adelante cambios radicales, y la idea de lo irreversible del proceso revolucionario se fue consolidando cada vez más, así también la percepción que los métodos violentos era la estrategia correcta para avanzar hacia una nueva sociedad.

El mayo de 1968 cuando París fue tomada por los estudiantes, para Chile representó una comprobación que el mundo avanzaba en la dirección de los cambios profundos y que los estudiantes junto a los obreros eran la generación conductora del futuro. En París la V República y su máximo líder, Charles de Gaulle

enfrentaron las protestas fuertes estudiantiles y obreras. El objetivo de dicho movimiento era maximalista, derribar el régimen gaullista, transformar la universidad en el centro de la revolución contra el capitalismo. Las célebres consignas de ese movimiento, que demandaban cambios radicales fueron recogidas y apropiadas por estudiantes de distintas universidades de América Latina²¹. No obstante los ecos que en Chile tuvo dicha gesta de movilización, es necesario subrayar que el movimiento de reforma estudiantil fue previo a los sucesos de París. Principió en marzo de 1967 en la Universidad de Chile y en agosto de ese mismo año se desencadenó en la Universidad Católica. Estos movimientos estudiantiles se veían a sí mismos como la vanguardia, y por lo mismo, la mayoría de sus demandas apuntaban a problemas de la sociedad y no solo del movimiento estudiantil; universidad para todos, universidad abierta al pueblo, es decir tener capacidad para aceptar a quienes tuvieran aptitud, sin que su situación socioeconómica fuera una restricción, los planes de estudios debía debían considerar las necesidades de la clase obrera, etc. Pugnaban además por la creación de cogobierno, con participación de los distintos estamentos en la elección de las autoridades. Se vivía un clima de efervescencia, de pasión, la vida demandaba gestos de inmolación y entrega. Este estado de ánimo se refleja fidedignamente en el testimonio de un protagonista clave de dicha época, el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) quien señalaba que “ la Reforma era una profundo deseo de intervenir desde la universidad, desde la ciencia, las humanidades, la creación artística, en fin, desde la producción de conocimiento, en la configuración de un país distinto, en el que los valores de la dignidad humana, la solidaridad, la igualdad de oportunidades, pesaran más que la competencia, el egoísmo y el individualismo posesivo. Deseábamos “una universidad cuyo único norte fuera Chile y los intereses de su pueblo”, tal como lo escribimos en un inmenso cartel en el frontis de la Casa Central de la Universidad de Chile, parafraseando a Andrés Bello, su primer rector. Queríamos que el mar, el cobre, los bosques, el desierto, las montañas y nuestra gente fueran la preocupación principal de la actividad académica. La frase cliché era el rechazo a “la universidad torre de marfil”. Era un movimiento de dignidad nacional y de reflexión sobre la identidad propia. Había en todo esto una profunda espiritualidad, aun en aquellos que se inspiraban en las concepciones

más materialistas. Había un desprecio por la abundancia material, por la riqueza de los ricos. Los hijos de las familias adineradas se rebelaron contra sus familias explotadoras. Los hijos de los obreros, se rebelaron contra la injusticia de que eran objeto, contra las inmensas dificultades de ser estudiante pobre; los de clase media, se rebelaron contra las aspiraciones y forma de vida de su clase; los académicos jóvenes contra los profesores más viejos que no fueron sensibles a sus aspiraciones académicas; los trabajadores no académicos, se rebelaron contra su condición subordinada, contra su trabajo a menudo aburrido y sin sentido. Así, la universidad entera se rebeló contra sí misma y contra el Estado, contra las limitaciones estructurales de la sociedad nacional y contra las fuerzas imperiales que imponían su dominio político, cultural, económico y militar.²²

La reforma universitaria transformó sustancialmente la estructura existente, tanto en lo que se refería a la gestación de las autoridades, como a los planes de estudio etc. y a la imagen que estas instituciones debían jugar; se trataba al fin de democratizar la universidad para un nuevo país. Entre los años 1967 y 1968 la gran mayoría de las universidades vivieron su propio proceso de reforma, cruzando este debate a todo el país. No es azaroso, que el 4 de septiembre de 1970, cuando se conocen los resultados de las elecciones presidenciales, Salvador Allende se dirigió a la ciudadanía desde los balcones de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, la FECH.

4. EL TRIUNFO DE LA UNIDAD POPULAR, LA EXPECTATIVAS Y MIEDOS QUE DESENCADENA

Esta era la atmósfera política reinante cuando el 24 de octubre en 1970 Salvador Allende es proclamado oficialmente Presidente de la República de Chile, el candidato de la Unidad Popular, coalición que se definía marxista al igual que su presidente. Los resultados electorales provocan asombro y expectativas, las miradas del mundo se dirigen a este nuevo modelo, la “vía legal al socialismo que respetará los mecanismos democráticos e institucionales” observándose con gran atención e interés, porque por una parte surge un modelo diferente al de la Revolución Cubana, y por las probabilidades de replicarse en otros países con regímenes democráticos, tanto en América Latina como Europa. No obstante que, existía la

convicción de la necesidad de realizar cambios profundos, y que aquello formaba parte del imaginario político hegemónico, coexistía una realidad silenciosa e imperceptible a la mirada de los que se veían como los constructores del futuro. Esta otra realidad era la que vivía la nueva experiencia como amenaza.

Para poder llevar adelante un programa de reformas conducentes a la revolución en el marco de un régimen democrático, se requería contar con el apoyo de mayorías electorales y si no se tenían, se debía buscar la forma de construirlas. En ese sentido, el nuevo escenario mostraba que tenía “pies de barro” dado que el triunfo electoral, se había alcanzado con una mayoría relativa, es decir con un 36,2, sólo dos puntos más que el candidato de derecha²³, y por otra parte, subsistían las diferencias al interior del conglomerado de izquierda, diferencias que estaba en los orígenes de la relación y que a la hora de definir políticas concretas adquirieron mayor relevancia, respecto del cómo y cuanto avanzar.

La crisis del sistema democrático de 1973 requiere, desde una perspectiva crítica, sacar algunas lecciones. Una de ellas puede ser sobre la mirada finalista que se tenía de la historia y que condujo a una visión instrumental de la política. Se podría preguntar ¿cómo se planeaba llevar a cabo un programa de reformas profundas, con medidas que favorecía a las amplias mayorías nacionales, pero que desde el punto de vista de intereses económicos, afectaba a la minoría más ricas del país? Dichos sectores contaban con un inmenso poder económico y político, el cual se articulaba a través del parlamento, de la propiedad de los medios de comunicación y por supuesto en el campo empresarial. Si se agrega un factor gravitante, como lo era el contexto de guerra fría y la acción consabida de Estados Unidos para, en un primer momento impedir que asumiera Allende y posteriormente obstaculizar y complicar la gestión del gobierno, se visualizaba un panorama complejo.

El hecho que Allende llegara a la presidencia sin un apoyo electoral mayoritario, indudablemente fue un factor que contribuyó y alentó tanto la derecha económica como política que, en alianza con los Estados Unidos, instigaran la desestabilización del gobierno. La miopía política que demostraron los partidos de gobierno, hizo que aquello no fuera visto como una restricción para la implementación del

programa, y primaron- en el fervor de una mirada mesiánica de la llegada de la revolución - las visiones extremadamente ideologizadas.

El Partido Socialista, que venía viviendo un proceso de radicalización política, influido en parte por la revolución cubana y los movimientos guerrilleros en América Latina, pasó de la etapa de luchar por los avances democráticos populares a la etapa de marcha hacia el socialista. En este proceso arrastró parcialmente al Partido Comunista. Este partido entendía que, para el éxito del gobierno popular era fundamental salvaguardar la alianza con el Partido Socialista, por lo tanto estuvo dispuesto a ceder en temas medulares, por defender un objetivo superior.

De este modo, durante el gobierno de la U.P., el Partido Comunista hizo un giro hacia posiciones más radicales, pero sin renegar de su línea gradualista y de la lucha de masas, como viga de los cambios revolucionarios. Sostenían que en un contexto de agudización de la lucha de clases, la confrontación era inevitable. El año 1971, cuando la situación política estaba muy polarizada, el Secretario General del PC, Luis Corvalán señalaba que “en las masas populares prevalece el ánimo de pelea. Y este ánimo de combate se expresará como corresponde, golpeando fuerte a aquellos que hay que golpear: los imperialistas, los oligarcas y los grandes especuladores”²⁴. Al año siguiente los espacios de dialogo entre gobierno y oposición se fueron acortando, y el discurso confrontacional se fue consolidando. En ese contexto Luis Corvalán sostenía que “...el pueblo de Chile y la clase obrera están decididos a enfrentar en cualquier terreno los planes del enemigo enfilados en que gire para atrás el reloj de la historia. Estamos convencidos que lo que suceda en nuestro país tiene vastas proyecciones, en primer lugar para los destinos de nuestra patria. Y que después de Cuba, Chile es el escenario principal de América latina de la batalla contra el imperialismo y contra las oligarquías del continente”²⁵, asentándose una mirada teleológica de la realidad, la cual estaba definida como un modelo lógico, definido de antemano.

5. LA NECESARIA CONSTRUCCIÓN DE MAYORÍAS

Cuando el horizonte de sentidos de la izquierda estuvo definido por la convicción de la necesidad de la revolución, en aquel campo

discursivo no estaba presente el tema de la democracia o del pacto democrático, es decir, las normas que permitan satisfacer la convivencia social. Y como no era imprescindible, tampoco tenía gran importancia de alcanzar apoyos mayoritarios en las urnas. Cuando se dejó de hablar de reformas para hablar de revolución, se incurrió en un falso problema, que como señala Lechner “La cuestión no es reforma o revolución, no es si hay o no ruptura anticapitalista: la cuestión es que no existe una “solución objetiva” a las contradicciones de la sociedad capitalista. Por consiguiente, se trata de elaborar las alternativas posibles y seleccionar la opción deseada. En este sentido, todas las transformaciones de las condiciones de vida, incluyendo las rupturas anticapitalistas, son reformas”²⁶. Indudablemente que para lograr el éxito de la vía chilena al socialismo, se debería haber trabajado por conseguir el respaldo de mayorías políticas y sociales, lo que implicaba necesariamente alcanzar alianzas, sin embargo, la izquierda de los sesenta, estaba convencida que el camino correcto, no pasaba por lograr acuerdos amplios, apartándose de lo que había sido su largo y fecundo trayecto democratizador.

Por otra parte, el centro demócrata cristiano, también fue incapaz de entender la política como búsqueda de consensos, la desconfianza junto a la competencia con la izquierda, impidió que estuvieran dispuestos a flexibilizar su propuesta de autosuficiencia política.

Para la derecha, cada vez con menos capacidad de levantar propuestas que concitaran apoyo popular, el sistema democrático y las elecciones no constituían un incentivo político, por lo tanto el cruzar la vereda a los cuarteles y al autoritarismo, no implicaba mayores pérdidas de las que ya había tenido.

La década de los sesenta marcó decisivamente las posteriores décadas, por tal razón para reflexionar sobre la historia del tiempo presente, se debe pensar en la historia de un pasado que no está muerto, un pasado que aún es llevado por la palabra y las experiencias de individuos vivos, que está singularmente impregnada de lo que pasó.

La ilusión que se avanzaba hacia la tierra prometida, una sociedad con justicia plena, obnubiló la visión, minimizando el accionar de una derecha aterrorizada, dispuesta a todo, entre aquello estaba apartarse del sistema

democrático. En la izquierda primaron, tanto los nobles deseos de una sociedad mas justa como un voluntarismo radical, dejando atrás una tradición de avances reformistas que había contado con amplio respaldo social. La democracia por imperfecta que pudiera ser, era sin lugar a dudas sustantivamente mejor que lo ocurrido durante los largos años de la dictadura autoritaria.

Quizás una de los principales equivocaciones de aquella época, es que no se pensó la política desde la luz tenue y llena de claroscuros, de la construcción de mayorías y articulación de las complejidades de lo plural de Gramsci, sino que se dejaron llevar por la resplandeciente y sin matices teoría de las “revoluciones mal defendidas” de Lenin.

Cuando los partidos ajustan la realidad a las concepciones teóricas y la estrategia política deja de construirse históricamente y por lo mismo deja de estar en permanente confrontación con la realidad concreta, se cae en una enajenación teorizante, y los problemas concretos se convierten en un mero ejercicio teórico abstracto sobre el poder y la dominación.

Pareciera ser que los grandes cambios requieren tener una utopía como horizonte de expectativas, ya que aquello permite proyectar una mejor sociedad, pero junto a la otra cara de la moneda, que es tener un gran realismo político, que permita hacerla posible.

NOTAS

¹ Lechner, Norbert, *Obras Escogidas*. Colección Pensadores Latinoamericanos, LOM Ediciones, 2006, 146

² Boeninger, Edgardo, *Democracia en Chile*, Santiago, Andrés Bello, 1997.

³ Aldunate, Adolfo; Flisfich, Ángel y Moulian, Tomás, *Estudio del sistema de partidos en Chile*. Santiago, FLACSO, 1985.

⁴ Valenzuela, Arturo, *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago, FLACSO, 1978.

⁵ Angell, Alan, *Chile de Alessandri a Pinochet*. Santiago, Andrés Bello, 1993.

⁶ Allamand, Andrés, *La travesía del desierto*. Santiago, Aguilar, 1999.

⁷ Columna de Opinión de Sergio Muñoz, Diario *La Nación*, domingo 17 de agosto, 2003.

⁸ Habermas, Jürgen, *Más allá del estado nacional*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 51.

⁹ Esta combinación política estaba integrada por los partidos Socialista Popular, Socialista de Chile, Comunista y Democrático.

¹⁰ Arrate, Jorge; Rojas, Eduardo. *Memoria de la izquierda chilena*. 2 tomos, Santiago, Ed. Javier Vergara Editor, 2003, 343.

¹¹ Furci, Carmelo, “El partido Comunista y la vía chilena al socialismo”. Ariadna Ediciones, 2008, 128.

¹² *El Siglo*, Santiago 3 de junio, 1956.

¹³ En dicha elecciones los partidos tradicionales recuperaron en parte su votación y se produjo el debilitamiento del independentismo, reduciendo el número de partidos a 17, de 29 que había existido durante el ibañismo. El Partido conservador alcanza el 13,8 % de la votación, el liberal logra el 15,34 %, el Radical se recupera con un 221, 46%, el Partido socialista logra el 10, 7% y el Partido comunista aun esta ilegal.

¹⁴ *El Mercurio*, 12 de enero de 1957.

¹⁵ *Revista Principios*, 63 (1957).

¹⁶ Arrate, Jorge; Rojas, Eduardo, *Memoria de la izquierda chilena*. 2 tomos, Santiago, Ed. Javier Vergara Editor, 2003, 162.

¹⁷ Valenzuela, Arturo, *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago, FLACSO, 1978, 44.

¹⁸ Corvalán, Luis, *Tres periodos en nuestra historia*. Republica Democrática Alemana, 1982, 11.

¹⁹ Arrate, Jorge; Rojas, Eduardo, *Memorias...*, op. cit., 383.

²⁰ Naranjo, Pedro et al., *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile*. Chile, Ed. LOM, 2004.

²¹ Las consignas hacían clara alusión a la necesidad de cambios radicales, “la burguesía no tiene mas placer que el de degradarlos todos”, “cambiar la vida, transformar la sociedad”, “la barricada cierra la calle, pero abre el camino” etc.

²² Rojas, Alejandro, “La utopía iba a ser nuestra”. *Anales de la Universidad de Chile*, VI-17 (diciembre 2005).

²³ Los resultados de las elecciones presidenciales de 1970 fueron los siguientes: Radomiro Tomic (PDC) 27,8%, Jorge Alessandri (PN) 34,9% y Salvador Allende (UP) 36,2%.

²⁴ Corvalán, Luis, *Tres Periodos...*, op. cit., 98.

²⁵ *Ibid.*, 117.

²⁶ Lechner, Norbert, *Obras...*, op. cit., 11.